

# SACHSENHAUSEN: UN TESTIMONIO DEL EXTERMINIO NAZI

Juan Antonio Hormigón

**H**ACIA mucho frío, y el cielo estaba totalmente encapotado. Llovía a ráfagas desde hacia días, convirtiendo el suelo en un chabisque. A pesar de eso, Péle, al volante, como buen danés habituado a los vientos permanentes y cortantes de Jutlandia, se arremangó la camisa y enfiló carretera adelante.

Los amigos me habían dicho:

«Es un día perfecto para ver un campo de concentración». Pensaba en esas palabras cuando abandonábamos Berlín cruzando Pankov —uno de los barrios de la capital de la RDA—, y marchábamos hacia Oranienburg, lugar en

que se halla, casi intacto, uno de los testimonios más crueles de la barbarie nazi: el antiguo campo de concentración de Sachsenhausen, hoy lugar de conmemoración de las víctimas del fascismo y ejemplo y enseñanza para los jóvenes de todos los pueblos.

El cielo gris, la luz tamizada por el techo de nubes, daban la medida exacta de la desolación que rodeaba estos lugares, de su radical inhumanidad, de la desesperación de quienes estuvieron encerrados tras sus muros y alambradas, y allí sucumbieron o dejaron su vida marcada para siempre por los estragos del hambre, las torturas y las vejaciones.

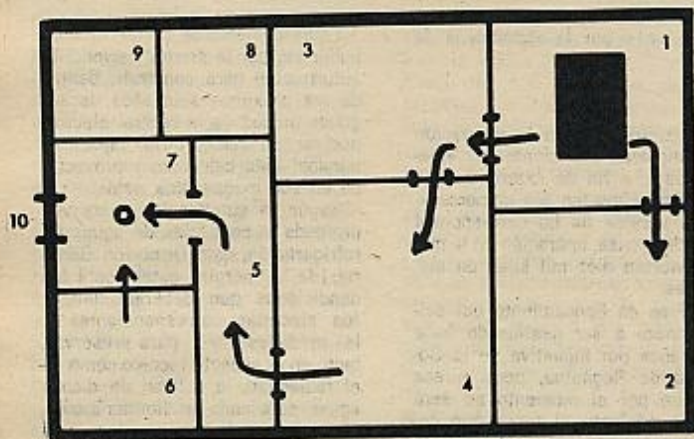
## Un poco de historia

En julio de 1936, cuando en España comenzaba la guerra civil, la Alemania nazi organizaba con gran esplendor los Juegos Olímpicos, destinados aparentemente

a mostrar la supremacía física germana. Sin embargo, lo que se quería esconder tras la fachada de la fraternidad y emulación deportiva eran los preparativos de guerra y el rearme masivo propiciado por los grandes «trusts» y sus aliados nazis como brazo ejecutor.

También en julio de 1936, de forma mucho más silenciosa, caían las primeras víctimas en el recién abierto campo de concentración de Sachsenhausen. Un bosque de pinos altos y esbeltos, de cuajadas copas, ocultaba casi totalmente su emplazamiento. El primitivo campo de Oranienburg, cuyo nombre apareció muchas veces en las nóminas represivas nazis de los primeros años, desaparecía. En su lugar surgía Sachsenhausen, establecimiento que iba a servir de «modelo» a los demás campos construidos por el III Reich y de centro de toda la red: aquí funcionó la «Inspección central de los campos de concentración», dirigida por Pohl, el segundo de Himmler.

La violenta e incendiaria coreografía nazi, con sus desfiles de

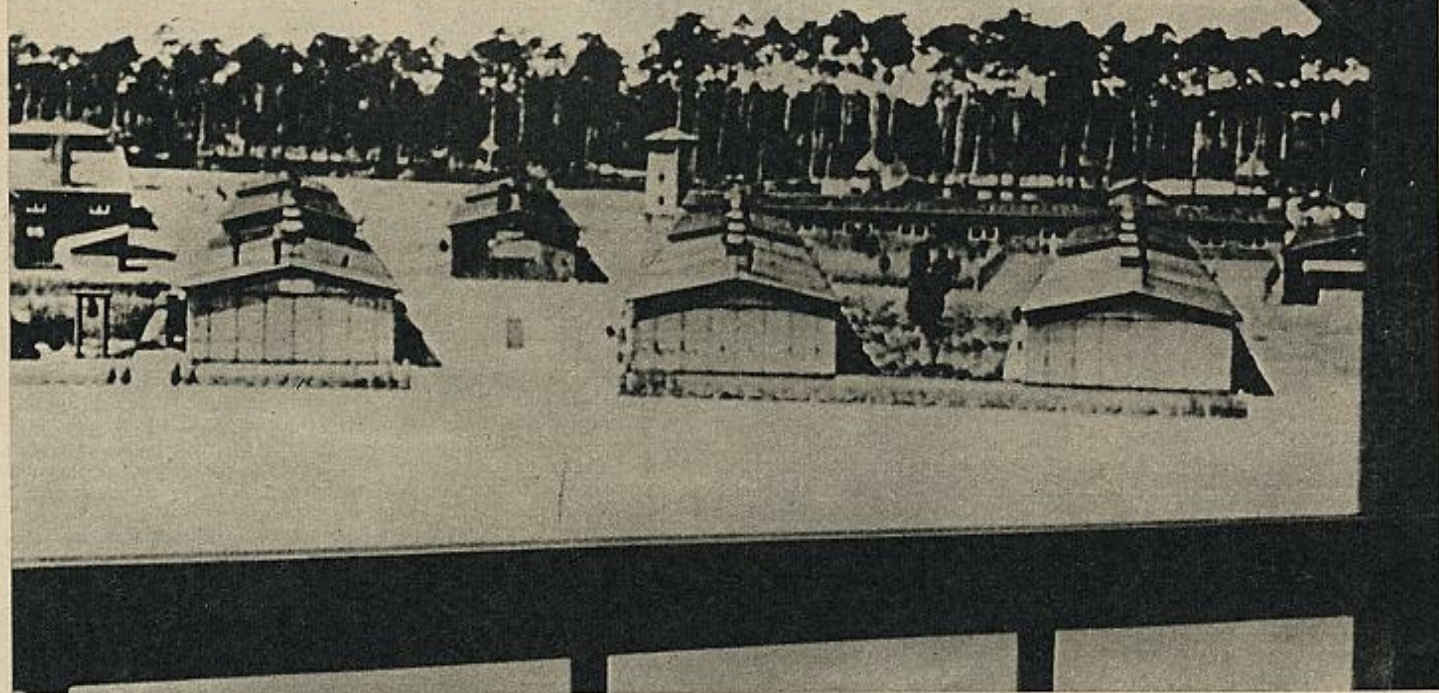


PLANO DE LA ESTACION Z DE SACHSENHAUSEN

1. GARAJE EN EL QUE ENTRA UN CAMION. 2. CAMARA DE GAS, CONSTRUIDA EN 1943. 3. HABITACION PARA DESVESTIRSE. 4. CONSULTORIO SIMULADO. 5. PASILLO DE INSONORIZACION. 6. CABINA DESDE LA QUE DISPARABA EL SS. 7. HABITACION EN QUE EL DETENIDO ERA ASESINADO. 8. SALA DE ESTAR DE LOS SS. 9. SALA DE DORMIR DE LOS SS. 10. PUERTA POR DONDE SE SACABA EL CADAVER AL CREMATORIO. LAS FLECHAS INDICAN LOS DOS «CAMINOS» DE ESTA «CASA DE LA MUERTE».



La finalidad de estos campos fue fundamentalmente el exterminio a corto o cortísimo plazo de los detenidos. (Dibujo de un prisionero finlandés de Sachsenhausen.)



El campo de Sachsenhausen, previsto para 10.000 prisioneros, llegó a encerrar 60.000 (vista de algunos bloques hacia 1943).



Los detenidos que no fueron ejecutados en cámaras de gas, fosos o laboratorios, fueron sometidos a un trabajo extenuante, en régimen de esclavitud, hasta perecer.

antorchas, sus piras anticulturales, sus concentraciones vociferantes y su demagogia irresponsable, ocultó mucho tiempo a la atemorizada Europa la realidad de los campos de concentración. En la prensa liberal se deslizaban sólo tímidas alusiones. Los periódicos antifascistas denunciaban la represión a que era sometido el pueblo alemán, la detención, las torturas de dirigentes de los partidos obreros, cristianos demócratas e incluso del centro liberal, pero recogían muy pocos datos del régimen concentracional que se estaba poniendo en pie.

El campo de Sachsenhausen, previsto para 10.000 detenidos, llegó a encerrar 60.000. Numéricamente mayor que Buchenwald o Dachau, su importancia como ejemplo estriba en que es el testimonio de todo el proceso del régimen concentracional nazi. Además, su carácter de centro de la red de «campos», lo hizo escuela de formación de gran parte de los oficiales y suboficiales SS que se convertirían en comandantes, jefes de campo o jefes de bloque en alguno de los dos mil campos de concentración que con sus destacamentos y comandos exteriores formaron la espesa red de exterminio hitleriana.

Los campos de concentración tuvieron una función que fue modificándose conforme la situación política cambiaba. Al principio sirvieron para aislar a la oposición antinazi. Después, bastante antes de que la guerra estallara, se les añadieron grupos como los judíos o los gitanos, considerados como sub-hombres por los «sabios» de la pureza racial aria. Finalmente, al comenzar la guerra, la deportación masiva de judíos y resistentes antifascistas de los países ocupados los convirtió en gigantescas aglomeraciones humanas.

La finalidad de estos campos fue fundamentalmente la exterminación

a cortísimo o corto plazo de los detenidos. Unos fueron ejecutados en cámaras de gas, fosos o laboratorios. Otros fueron sometidos a un trabajo extenuante, en régimen de esclavitud, hasta perecer; pero en este período de semanas o meses, producían pingües beneficios a las SS, que o bien explotaban sus propias fábricas o canteras, o bien contrataban a sus esclavos como trabajadores en la empresa privada (1). Sachsenhausen asistió a todo este proceso del que dan testimonio las pruebas recogidas en sus museos, las edificaciones y la propia tierra empapada de la sangre de todos los que sucumbieron. De los 200.000 detenidos en Sachsenhausen, más de 100.000 murieron de diversas formas.

### El campo

De todos los campos de concentración alemanes, Sachsenhausen es el que se conserva casi totalmente en su estado original. Buchenwald o Ravensbrück han sido convertidos, en cierto modo, en grandes monumentos conmemorativos. En Sachsenhausen se ha mantenido la parte testimonial, conservando cuidadosamente los diferentes aspectos de la vida concentracional.

Todo sigue en su sitio. La puerta de entrada conduce por una calzada franqueada de pinos, a la torre A, o lugar de acceso al recinto de los prisioneros. A la derecha corre una tapia por la que sobresalen las casas de las familias de los SS. A la izquierda, apoyados en el muro del campo pro-

(1) Ver, por ejemplo, sobre estas cuestiones los libros de Joseph Billig, «L'Hitlerisme et le Système concentrationnaire» (PUF, París, 1967), y de Olga Wormser-Migot, «Le Système concentrationnaire nazi (1933-1945)» (PUF, París, 1968). También las propias declaraciones de los responsables de la matanza en los juicios de Nuremberg y otros posteriores.

## SACHSENHAUSEN

piamente dicho, hay unos invernaderos en los que los SS cultivaban flores y hortalizas, y que abonaban con cenizas de los hornos crematorios.

Ante la torre A, en el antiguo garaje de los SS, se levanta ahora el Museo de la Lucha Antifascista de los Pueblos de Europa por su Liberación. Lo forman una serie de exposiciones nacionales que testimonian la lucha de resistencia de los pueblos de Europa contra el fascismo. Allí están presentes Alemania, Austria, Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, España, Francia, Grecia, Holanda, Hungría, Italia, Luxemburgo, Noruega, Polonia, Rumanía, Checoslovaquia, Unión Soviética y Yugoslavia. Las diferentes exposiciones son un conjunto que «evoca el peligro mortal que constituye el fascismo para la cultura y la civilización de la Humanidad».

A partir de aquí penetramos en el recinto de prisioneros. Tiene forma triangular y está rodeado por un muro con dieciocho torretas de vigilancia, armadas de ametralladoras y reflectores. A dos o tres metros del muro y a lo largo de todo el perímetro, corría una alambrada electrificada que muchas veces sirvió de medio de suicidio o de instrumento de ejecución de los SS, pretextando intentos de fugas. Todo se conserva intacto.

En el centro de la base del triángulo se alza la torre A. Una puerta enrejada cierra como un rastrillo el acceso. En ella está escrita con letras de hierro la sentencia: «El trabajo hace libres». Era lo primero que leían los prisioneros al pasar hacia los barracones de cuarentena.

Desde la torre A se extiende un amplio espacio semicircular llamado «Appelplatz» (plaza de formaciones), lugar en que los prisioneros debían formar tres veces al día y en ocasiones permanecer varias horas de pie.

Desde aquí partían radialmente las filas de «bloques» o barracones en donde se hacían los detenidos. Su número era de 68. Hoy la mayor parte de ellos han desaparecido, pues constituían un peligro de infecciones; un gran bloque de granito con un número tallado, muestra el lugar que ocupaban.

La «Appelplatz» está ahora limitada en todo su perímetro por un muro conmemorativo en el que aparece dibujado el perfil de los barracones. En su centro, frente a la torre A, una losa con una inscripción señala el lugar en que se levantaba la horca para las ejecuciones públicas, a las que debían asistir todos los detenidos. Dichas ejecuciones sólo afectaban a los que intentaban evadirse o a los presos políticos que tras una farsa de proceso eran condenados a muerte.

El semicírculo de la «Appelplatz» está formado por una calzada de unos dos metros de anchura, con nueve tipos de revestimiento diferentes. Se la conoce como «pista de ensayo de zapatos» y servía como lugar de pruebas de suelas de cuero sintético. Cada día, 150 detenidos debían recorrer unos 40 kilómetros por esta combinación heterogénea de suelos, muchas veces a paso gimnástico. Servía también para castigos colectivos o individuales, con «pasos ligeros» hasta la extenuación, seguidos de la paliza. La Gestapo ideó una tortura para obtener confesiones que consistía en hacer caminar a la víctima con unos zapatos dos números más pequeños y un saco de arena de veinte kilos sobre los hombros.

### La vida en el campo

En el ángulo derecho del triángulo se conservan en pie tres barracones, números 37, 38 y 39. En la actualidad sirven de museo

conmemorativo de la Resistencia judía y de los sufrimientos del pueblo judío. También se conservan intactos. Debo reconocer que la visita al interior de uno de estos bloques tiene algo de sobrecogedor. Las literas de tres pisos siguen apiladas unas contra otras. Los letreros informan que donde cabían 150 se llegó a meter 600 personas. Tres y hasta cuatro compartían la misma cama, por llamar de algún modo a la tabla con un saco de paja que servía de lecho. Para todos estos hombres o mujeres sólo había ocho retretes y dos piletas de agua. Se conservan también las taquillas y las mesas y tabloneros que servían de bancos.

El frío intenso y húmedo del exterior atraviesa estas paredes de tabla y da una idea de la vida que tenían que soportar los detenidos, resguardados solamente por sus trajes rayados y sus zuecos de madera.

Junto a estos pabellones, separado del recinto general por otro muro coronado por la alambrada eléctrica, se levanta un edificio siniestro: la cárcel. Aquí las celdas se conservan cuidadosamente con su contenido. Unos letreros informan de su utilización en cada caso. Las de los presos por castigos en el campo, tienen sólo un saco de paja; las de los condenados a muerte, un par de grilletes encajados en un bloque de cemento con los que se inmovilizaba a la víctima; no tenían luz. Hay celdas para presos especiales, con la ventana cerrada por una chapa a la que se ha hecho en el centro un agujero como una perra gorda, por el que entra sólo un hilo de luz; un hombre pasó dieciocho meses en una de estas mazmorras.

Muy pocos de los que entraban en esta cárcel interior salían. Algunos, políticos o dirigentes obreros, ni siquiera pasaban por los registros y eran directamente

conducidos a este lugar en donde eran torturados hasta morir.

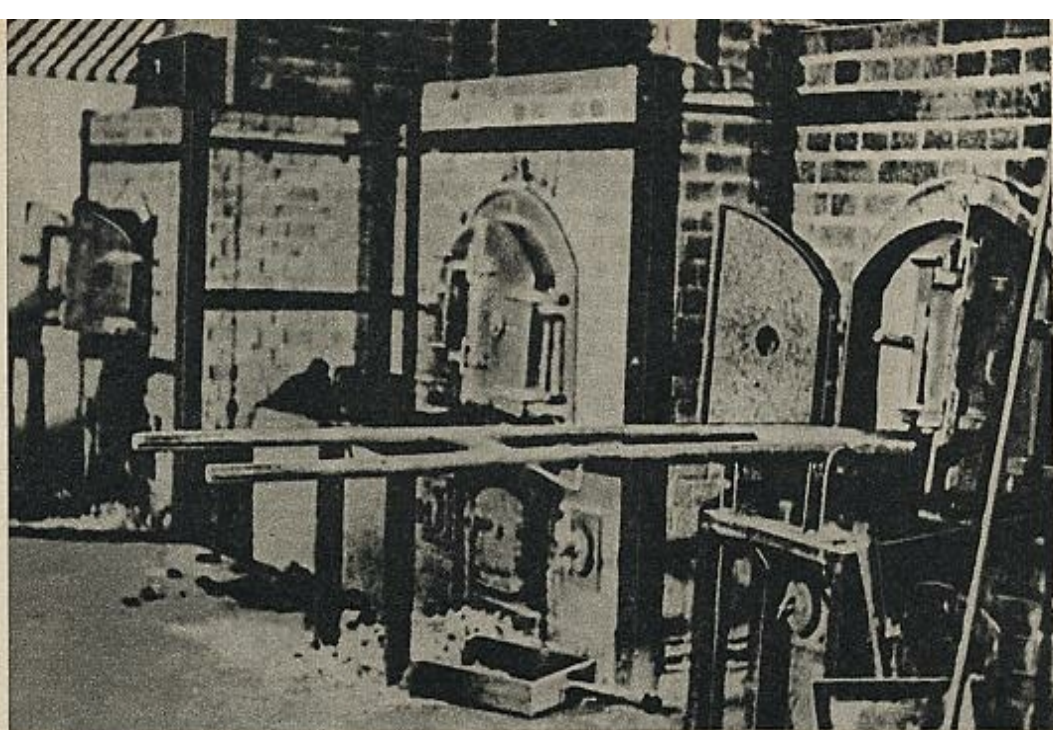
Las pruebas quedan en pie. En el espacio libre entre el edificio celular y el muro se alzan tres postes con cadenas sujetas al extremo superior. Aquí se aplicaba uno de los suplicios más comunes para la SS y la Gestapo: se ataban las manos del detenido a la espalda y se le colgaba de la cadena durante horas, hasta que los brazos se desencajaban. Esto se utilizaba como método de castigo y para obtener «confesiones». La Gestapo lo recomendó a la Policía de otros países fascistas.

Este museo de horrores lo completa la celda subterránea. En un rincón del patio se puede contemplar la maqueta de la celda que existe bajo tierra y de la que sólo vemos la rejilla de respiración. Se trata de una especie de nicho de cemento, comunicado por un tubo en codo al exterior para ventilación. Allí se arrojaba a los condenados y se les dejaba morir, pero se ignora qué tipo de suplicios suplementarios debían soportar porque no existe un solo superviviente.

Los diversos aspectos de la vida de Sachsenhausen están cuidadosamente recogidos en el Museo del Campo, que ocupa el local de la antigua cocina, situada en la zona cercana al vértice superior del triángulo, en donde se alza el monumento a las víctimas del fascismo. El museo recoge desde instrumentos de tortura empleados por los SS, hasta objetos cotidianos y documentos y declaraciones de los antiguos detenidos. También se relatan las luchas de resistencia y la solidaridad desplegada por los núcleos organizados que sirvieron para mantener la moral y las ganas de vivir de miles de compañeros. En la antigua cocina y lavandería situada enfrente, existen también salas para la proyección de documentos filmados.



Dos dibujos de una superviviente del campo, la militante danesa Astraid Blumensadt; a la izquierda, «Dos yugoslavos»; a la derecha, «Limpieza del bloque 7».



De los 200.000 detenidos en Sachsenhausen, más de 100.000 murieron de diversas formas. (Hornos crematorios del campo.)

## La Estación Z

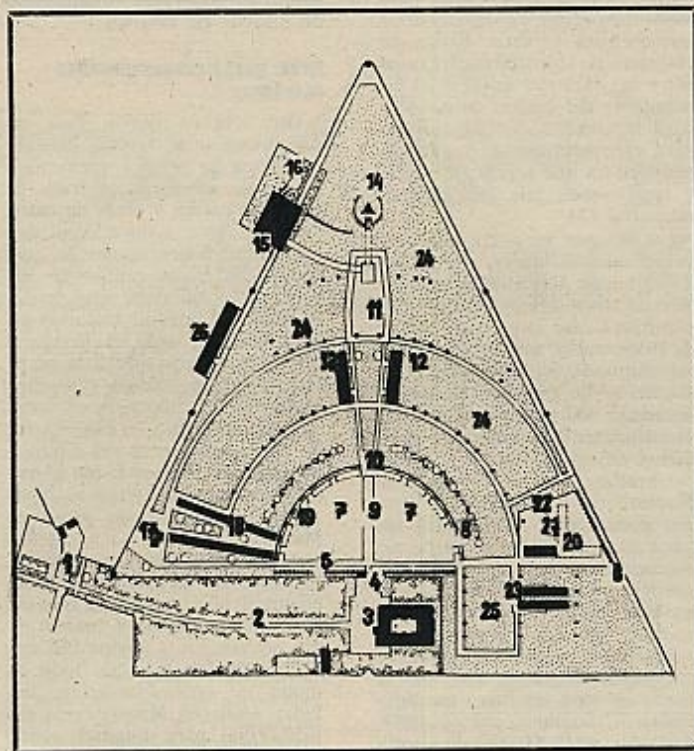
Quizá muchos españoles hayan leído abundante literatura informativa sobre los campos. Existen novelas, reportajes y estudios sobrecogedores. La claridad de reflexión y análisis de estos textos de conjunto no puede dar la medida exacta del horror y el terror. Es muy difícil llegar al fondo de la barbarie concentracional si no se ve directamente este conjunto de horrores y no se recorren los caminos que tantos miles de hombres siguieron luchando entre la desesperación y la esperanza.

Digo esto porque nos acercamos a un lugar denominado Estación Z, lugar de muerte y máquina de matar. Está situado en el lado izquierdo del triángulo y consta de dos partes. La anterior era un edificio rectangular del que no quedan más que el arranque de los muros y las losas del suelo. Una maqueta muestra la función y proporción de los diferentes departamentos. Este edificio constaba de un pequeño garaje para un camión que comunicaba por una puerta con la cámara de gas construida en 1943. Otra puerta daba paso a una especie de consultorio en donde se invitaba al detenido a que se desnudara para un reconocimiento médico consistente en saber si llevaba dientes de oro; en caso afirmativo se le marcaba con una cruz azul. Después se le hacía pasar a una habitación pequeña y allí se le ejecutaba por tiro en la nuca. El verdugo operaba desde una habitación contigua y disparaba por un orificio en el que encajaba el cañón de su pistola. Una red de altavoces distribuía música a alto volumen ahogando los disparos. Con este método fueron asesinados 18.000 prisioneros de guerra soviéticos, en el curso de dos meses del año 1941, pero hasta aquí llegaron transportes enteros a los que sin pasar por registro alguno se les aplicó «la solución final».

Junto a este edificio se halla el foso de ejecuciones por fusilamiento y ahorcamiento. Detrás, como resumen de esta máquina de muerte, cuatro hornos crematorios. Hoy se conservan sus bases y sus instrumentos, como testimonio de este conjunto impresionante. Un grupo escultórico de acusado realismo, «La búsqueda de dientes de oro», se levanta ante ellos.

## El valor de un hombre

Durante nuestro recorrido por el campo el frío se ha hecho más intenso, los charcos comienzan a helarse y la humedad cala por todos los costados. Pele, Mercedes y yo, caminamos en silencio; no es la primera vez que visitan Sachsenhausen, pero el clima opresivo se hace siempre con el ánimo de los visitantes.



PLANO GENERAL DEL MEMORIAL DE SACHSENHAUSEN

1. Entrada. 2. Edificios de la Comandancia. 3. Museo de la lucha antifascista de los pueblos de Europa. 4. Torre A. 5. Muro del campo y alambradas electrificadas. 6. Mirador. 7. «Appelplatz». 8. Muro conmemorativo. 9. Calle del Campo. 10. Emplazamiento de la horca. 11. Plaza de las manifestaciones. 12. Antigua cocina de detenidos, hoy sala de cine. 13. Antigua lavandería, hoy sala de cine y sala de honor. 14. Monumento. 15. Estación Z. 16. Foso de ejecución. 17. La «Patología». 18. Barracas de enfermería. 19. Pista de prueba de zapatos. 20. Cárcel. 21. Postes. 22. Celda subterránea. 23. Barracas de detenidos y exposición sobre los sufrimientos y resistencia del pueblo judío. 24. Disposición general de las barracas («blocks») de prisioneros. 26. Sala de cine.

Pele murmura: «Mi madre dice que en Ravensbrück...». Ravensbrück es el campo gemelo de Sachsenhausen, situado casi pared con pared: era el campo de mujeres. La madre de Pele era responsable del PC danés en la ciudad de Odense. Fue internada en Ravensbrück a mediados de 1943 y estuvo allí hasta que la Cruz Roja condujo a Suecia a las mujeres escandinavas.

Terminado nuestro recorrido en el vértice izquierdo del campo, pasamos ante los dos pabellones de la enfermería. Debajo se construyeron en 1941 tres grandes morgues y sobre ellas estaba instalada la «patología», donde los médicos SS disecaban los cadáveres y buscaban los casos interesantes. Aquí como en otros campos, los médicos SS envilecieron la ciencia médica y sirvieron de instrumentos a la tortura y el exterminio (2). Pero también aquí, la solidaridad de médicos y enfermeras detenidos consiguió mantener una chispa de esperanza a pesar de la falta de medicamentos y del peligro de convertirse en las primeras víctimas. En los locales de la Sección de Enfermedades Infecciosas, tenía su lugar de reunión el Comité clandestino de Resistencia del Campo, que agrupaba representantes de todas las naciones.

En Sachsenhausen, los fascistas experimentaron con los detenidos el efecto que causaba en los cuerpos un nuevo tipo de granadas rompedoras y granadas químicas, un nuevo gas tóxico, proyectiles envenenados. También se inocularon agentes productores del tifus, tuberculosis, septicemia y hepatitis epidémica, a individuos sanos, para ensayar medicamentos. También se hicieron experimentos con ungüentos para quemaduras, acción de diferentes venenos, preparados bradicárdicos o inhibidores de los centros del sueño.

Tras el recuento de tantos horrores quizá valga la pena insistir en un hecho: la maldad esencial de los nazis es una falsedad. Sus métodos de exterminación y de represión despiadada fueron el resultado de llevar la explotación del hombre por el hombre a sus últimas consecuencias y de la obtención expeditiva de beneficio de los hombres a quienes habían convertido en esclavos. Como dice Ramos Oliveira, fundieron capitalismo a ultranza y feudalismo en una contrarrevolución despiadada.

Si se repasan las crónicas de los campos, vemos que la «solución final», el exterminio inmediato, masivo o solitario, se aplicó a hombres, mujeres y niños, enfermos, inválidos, no aptos para el trabajo, seleccionados directamente al descender de los trenes de la muerte. También sufrieron la misma suerte los

(2) Sobre el comportamiento y experiencias de los médicos SS, ver: «Historia de la Medicina SS, o el mito del racismo biológico», por los doctores Ives Ternon y Sócrates Helman. Fomento de Cultura Ediciones. Valencia, 1971.

## EDICIONES PENINSULA novedades

colección  
Historia/Ciencia  
Sociedad

**LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y EL NACIMIENTO DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA**  
GABRIEL H. LOVETT

1/EL DESAFÍO AL VIEJO ORDEN

2/LA LUCHA, DENTRO Y FUERA DEL PAÍS

Colección  
**HOMO SOCIOLOGICUS**

**EL PROGRESO DE LA CONCIENCIA SOCIOLOGICA**  
Salvador Giner

**HACIA UNA SOCIOLOGÍA CRÍTICA**  
Norman Birnbaum

**VIDA URBANA E IDENTIDAD PERSONAL**  
Richard Sennett

EDICIONES PENINSULA  
Provenza, 278  
Barcelona 8

triumfo

dirigentes políticos inmovilables y muchos de los considerados como razas inferiores: judíos, gitanos y los prisioneros de guerra soviéticos. Con los demás se procedió de un modo distinto, aunque condujera igualmente a su exterminio: se les convirtió en esclavos.

Los campos de concentración se organizaron como masas gigantes de individuos carentes de todo derecho. Mal alimentados, sin medios higiénicos, con pésima atención sanitaria, sometidos a un régimen brutal en el que sólo se daban las horas mínimas de descanso y el resto era trabajo. Un antiguo detenido de Sachsenhausen cuenta que «todos los desplazamientos se hacían a paso gimnástico exclusivamente y que muchas veces sólo se daban cuatro horas de sueño».

Esta masa de hombres se convirtió en mano de obra barata que a los SS les costaba poco mantener y por la que podían sacar buenos dividendos controlándola en la industria privada. Fue un negocio de las SS, regulado por la WVHA (Servicio Central Económico y Administrativo de la SS) y dirigido por Oswald Pohl. Los «trusts» IG-Farben, Heinkel, Brabag, Demag, Krupp, AEG, Siemens, Flick, Auer, Henschel, Daimler, Benz, Arado, Argus, Kaiser y otros utilizaron y solicitaron estos trabajadores baratos, sin horarios ni derechos. También hubo venta de prisioneros para experimentación en la industria farmacéutica privada. Existe un «dossier» de cinco cartas cruzadas entre las fábricas Bayer y el comandante del campo de Auswitz para la compra de 150 mujeres para experimentación con narcóticos, en las que se discute precio y condiciones. Las 150 mujeres murieron (3).

Las SS, por su parte, constituyeron un «holding», Empresas Económicas Alemanas (Deutsche Wirtschaftsbetriebe GmbH), con Himmler como único socio y Pohl de fideicomiso, que agrupó todas las empresas SS dedicadas a fabricación de ladrillos (Sachsenhausen), canteras de granito (Mauthausen), aviones de caza, bienes de equipo, etcétera. En su declaración ante el Tribunal de Nuremberg, el 5-IV-1946, el propio Pohl decía: «Casi todas las empresas de construcción de armamentos se han dirigido a mi servicio para pedir que les fuera enviada mano de obra de los campos de concentración, y la mayoría de aquellas que ya la empleaban exigía sin cesar que la mano de obra les fuera multiplicada». K. Sommer, por su parte, declaraba el 18-XI-1947, en el proceso contra Krupp, que «cerca de 500.000 personas procedentes de los campos de concentración han trabajado simultáneamente en la economía alemana».

¿Cuánto valía un hombre para el nazismo? Un documento redactado por la WVHASS, titulado

(3) Tornon y Helman, obra cit., página 321.

## SACHSENHAUSEN

«Evaluación de beneficios» (4), hace el siguiente balance:

	R. M.
Recaudación media diaria por alquiler de un detenido ... ..	6,—
Deducción por alimentación ... ..	0,60
Deducción por amortización ... ..	0,10
<b>TOTAL ... ..</b>	<b>5,30</b>

Probable duración media de vida: nueve meses.

$270 \times R. M. 5,30 = R. M. 1.431.$

Percepción por utilización de cadáver:

- 1.º Oro dental.
- 2.º Vestidos.
- 3.º Valores.
- 4.º Dinero.

	R. M.
Deducción de gastos de incineración ... ..	2
<b>Beneficio neto medio ...</b>	<b>200</b>

Beneficio neto en nueve meses ... .. 1.631

El negocio de la contratación de detenidos supuso alrededor de 50 millones de marcos por mes. Kaindl, jefe del campo de Sachsenhausen, declaraba ante el Tribunal en 1947: «El lugarteniente de Himmler, Pohl, por ejemplo, amasó una fortuna considerable. Sólo para amueblar y decorar sus dominios gastó más de un millón de marcos en 1942-43».

### Un permanente aviso

Otra vez en Berlín, Pele ha preparado una comida danesa: una sopa de pollo y verduras a la que se añaden unas bolas de pasta de harina y otras de carne picada. Frente a mí está su madre, Astrid Blumensaadt, antigua prisionera en el campo de Ravensbrück. No tiene que contar hazañas heroicas ni historias extraordinarias; sólo el heroísmo de haber sobrevivido a la reclusión y ser un testigo y un permanente acusador.

Viéndola pienso en ese español de Huesca, teniente del Ejército Republicano, que se llama Mariano Constante. Recuerdo su historia de exiliado y de preso en Mauthausen. En sus Memorias (5), el teniente Constante habla también de pequeñas cosas en apariencia, pero que rebosan heroísmo por cómo y cuándo están hechas. En la página 141, que en mi opinión explicita todo un modo de comportamiento, leemos: «Allí (en Mauthausen) era primordial para intentar sobrevivir aquella terrible existencia y que era la base de todo: la fe, la confianza y la esperanza... Desgraciado del que no tenía fe... Tuvimos que buscar explicacio-

(4) Cit. por Reimund Schnabel. «Macht ohne Moral», pág. 203. Rödenberg Verlag, Frankfurt, 1957.

(5) Mariano Constante, «Los años rojos. Españoles en los campos nazis». Ediciones Martínez Roca, S. A. Barcelona, 1974.

nes a todo, y avanzar hipótesis que pudieran parecer lógicas, para, ante todo, tratar de lograr un objetivo esencial: que nadie perdiera la moral y la confianza en la victoria final».

También Astrid Blumensaadt ha respondido del mismo modo a mi pregunta: «Teníamos la convicción de nuestra victoria, era la única forma de poder sobrevivir». Después ha sacado un gran álbum de pequeños recuerdos de su vida en Ravensbrück. Hay cuatro o seis versos, escritos a lápiz en un cacho de papel, recibidos a cambio de un poco de chocolate. Hay dibujos de algunas compañeras de cautiverio. Hay algunos poemas escritos ante la congoja de la muerte de seres próximos, como el dedicado a una niña gitana llamada Zora, cuya foto aparece junto al poema, que fue cazada por los SS y formó parte de un grupo de más de 120 muchachas que sirvieron de cobayas a las criminales experiencias del doctor Schumann —iniciadas en Auswitz, Grafanek y Sounenstein con un balance de más de 30.000 muertos— sobre esterilización femenina. Estas niñas zingaras, las más jóvenes tenían ocho años, fueron operadas entre el 4 y el 7 de enero de 1945, las que no murieron a consecuencia de la intervención fueron enviadas a otro lugar desconocido (6).

En el Museo de Historia de Alemania hay una vitrina tapada por una cortina negra. Una encargada la descubre a petición personal. Esa vitrina contiene una cabeza humana reducida de tamaño que era empleada como pisapapeles por el jefe del campo de Buchenwall, una pantalla de piel humana y otros despojos como cenizas de crematorio, cabellos, etcétera. El visitante tiene ante sus ojos unas cuantas pruebas materiales de la barbarie. La cortinilla evita que los niños que visitan en grupo el museo y dan incluso algunas clases, vean este conjunto de horrores del siglo XX.

No obstante, como decíamos al principio, ni Sachsenhausen, ni Ravensbrück, ni Buchenwald son únicamente lugares de conmemoración y recuerdo de las víctimas. Son también el ejemplo de los años negros en que los bárbaros asolaron Europa en todas las direcciones. A los catorce años, todos los escolares de la RDA visitan un campo de concentración. De este modo, los jóvenes tienen la medida exacta de lo que fue ese pasado relativamente próximo. Comprenden mejor relatos como el de Mariano Constante o Astrid Blumensaadt, escritos en otras lenguas. Aprenden a dar el sentido político exacto a los campos que hoy se levantan en Chile y antes en otros lugares. Dan exacto sentido a las palabras con que Brecht terminaba su epílogo de «Arturo Ui»: «¡Aún es fecundo el vientre del que salió el mundo!». ■ J. A. H.

(6) Tornon y Helman, obra cit., páginas 295-97.